

BALNEARIO

La Perla del Océano

Baños de mar y de pila en departamentos morales, higiénicos y confortables

Tarifas económicas. :: Baños de playa á 10 cént mos con derecho á ingreso gratuito en el Balneario

Conciertos diarios por mañana y tarde.--Café.--Restaurant

Pídanse tarifas

HIELO

preparado con agua potable purísima, del manantial que abastece las fuentes públicas del barrio de Lasarte

Puntos de venta:

Calle de Andia, número 4.--Calle San Martín, número 46 esquina á Easo.--Calle de Zubieta, número 11.--Pescadería de la Brecha y de la calle de Urbieta.

A los pueblos situados en las líneas de S. Sebastián á Bilbao y de Málzaga á Zumárraga se remite de la fábrica

Diríjanse los pedidos á don Jacinto Guillén, Lasarte.

Fábrica de tornillos y remaches

MAQUINARIA ■ ELECTRICIDAD

REPARACIONES

JUAN USABIAGA

INGENIERO INDUSTRIAL

VILLAFRANCA (Guipúzcoa)

Pedro Torres - Linternero

Instalaciones sanitarias

PRESUPUESTOS PARA OBRAS

ELECTRICIDAD ■ LÁMPARAS ■ TIMBRES

No se olvide usted:

Torres :: Torres :: Torres

Manterola, 5 - Teléfono 12-50

FOLLETÓN DE LA VOZ

5 de Agosto de 1914

28

Esta obra es propiedad de la Casa editorial Maucci, de Barcelona

El Conde de Monte-Cristo

POR

Alejandro Dumas

El conde estaba sentado entre la señora de Villefort y Danglars.

Los otros espacios estaban ocupados por Debray, sentado entre los Cavalcanti, y por Chateau-Renaud, entre la señora de Villefort y Morrel.

La comida fué magnífica; Monte-Cristo había procurado completamente destruir la simetría parisienca y satisfacer más la curiosidad que el apetito de sus convidados.

Fuó un twéin oriental, pero oriental á la manera con que pudieran ser servidos los de las hadas drabes.

Todas las frutas que las cuatro partes del mundo pueden derramar intactas y sabrosas en el cuerno de la abundancia de Europa estaban amontonadas en pirámides, en jarros de la China y en copas del Japón.

Los pájaros raros con la parte más brillante de su plumaje, los pescados monstruosos tendidos sobre fuentes de plata, todos los vinos del Archipiélago y del Asia Menor, encerrados en botellas de formas raras, y cuya vista parecía aumentar su sabor, distilaron, como una de aquellas revistas que Apicio pasaba con sus convidados, por delante de aquellos parisienca que comprendían que se pudiesen gastar mil lites en una comida de diez personas, si á ejemplo de Cleopatra bebían perlas disueltas, ó como Lorenzo de Médicis, oro derretido.

Monte-Cristo vió el asombro general, y empezó á reír y á burlarse en alta voz.

—Señores — dijo—vosotros convenceréis sin duda en que habiendo llegado á cierto grado de fortuna, nada es más necesario que lo superfluo, así como convencerá estas señoras en que llegando á cierto grado de exaltación, ya nada hay más positivo que lo ideal. Ahora bien, prosiguiendo este raciocinio, ¿qué es la maravilla? lo que no comprendemos.

¿Qué es un bien verdaderamente deseado?... el que no podemos tener. Pues ver cosas que no puedo comprender, procurar cosas imposibles de tener, tal es el estudio de toda mi vida. Voy llegando á él por dos medios; el dinero y la voluntad. Yo incluíno mi capricho, por ejemplo, con la misma perseverancia que vos ponéis, señor Danglars, en crear una li-

nea de camino de hierro; vos, señor de Villefort, en hacer condenar á un hombre á muerte; vos señor de Debray, en apaciguar un reino; vos señor de Chateau-Renaud, en agradar á una mujer; y vos, Morrel, en domar un potro que nadie puede montar; así, pues, por ejemplo, mirad estos dos pescados nacidos el uno á cincuenta leguas de San Petersburgo y el otro á cinco leguas de Nápoles, ¿no es sumamente agradable el verlos reunidos aquí?

—¿Qué clases de pescados son?—preguntó Danglars.

—Aquí tenéis á Chateau-Renaud que ha vivido en Rusia, os dirá el nombre de uno—respondió Monte-Cristo—y el mayor Cavalcanti, que es italiano, os dirá el del otro.

—Este — dijo Chateau-Renaud—ero que es un estereote.

—Perfectamente.

—Y este — dijo Cavalcanti—es, si no me engaño, una lamprea.

—Eso mismo. Ahora, señor Danglars, preguntad á esos dos señores dónde se pescan uno y otro.

—¡Oh! — dijo Chateau-Renaud—los estereotes se pescan solamente en el Volgas.

—¡Oh! — dijo Cavalcanti—sólo en el lago Fusaro es donde se pescan lampreas de esa dimensión.

—¡Imposible!—exclamaron á un mismo tiempo todos los convidados.

—¡Pues bien! eso justamente es lo que me divierte—dijo Monte-Cristo.—Yo soy como Nerón, "cupitor impossibilium"; y por eso mismo, esta carne, que tal vez no valga la mitad que la del salmón, es preciosa, ahora deliciosa, porque no podéis procurársela en vuestra imaginación, y sin embargo la tenéis aquí.

—¿Pero cómo han podido transportar esos dos pescados á París?

—¡Oh! ¡Dios mío!... nada más sencillo los han traído cada uno en un gran tonel, rodeado uno de matorrales y hierbas de río y el otro de plantas de lago; se les puso por tapadera una rejilla, y han vivido así, el estereote doce días y la lamprea ocho, y todos vivían perfectamente cuando mi cocinero se apoderó de ellos para componerlos como lo veis. ¿No lo creéis, señor Danglars?

—Mucho lo dudo al menos—respondió sonriendo.

—Bautista—dijo Monte-Cristo—haced que traigan el otro estereote y la otra lamprea, ya sabéis, los que vinieron en otros tonles y que viven aún.

Danglars quedó admirado; todos los demás aplaudieron con frenesí.

Cuatro criados presentaron dos tonles rodeados de plantas marinas, en los cuales colocaban dos pescados semejantes á los que se habían servido á la mesa.

—¿Y por qué habéis traído dos de cada especie?... preguntó Danglars.

—Porque uno podía morir—respondió sencillamente Monte-Cristo.

—Seis un hombre prodigioso—dijo Danglars.—Bien dicen los filósofos, no hay como tener una buena fortuna.

—Y sobre todo tener ideas—dijo la señora Danglars.

—¡Oh! no me hagáis ese honor, señora; los romanos hacían esto muy á menudo, y Plinio cuenta que enviaban de Ostia á Roma, con esclavos que los llevaban sobre sus cabezas, pescados de la especie que ellos llaman "mulas", y que según la pintura que hacen de él es probablemente la "dorada". También era un lujo tenerlos vivos, y un espectáculo muy divertido el verlos morir, porque en la agonía cambiaban tres ó cuatro veces de color, y como un arco iris que se evapora, pasaba por todos los colores del prisma, después de lo cual lo enviaban á las cocinas. Su agonía tenía también su mérito. Sino la veían vivo, la despreciaban muerto.

—En efecto—dijo la señora de Villefort—antes se entraba por una puerta que caía al camino, y el día en que me libertasteis tan milagrosamente, me hicisteis entrar por ella á la casa.

—Si señores—dijo Monte-Cristo—pero después he preferido una entrada que me permitiese ver el bosque de Boulogne al través de mi reja.

—En cuatro días—dijo Morrel—¿qué prodigio!

—En efecto—dijo Chateau-Renaud—de una casa vieja hacer una nueva, es milagroso; porque la casa estaba muy vieja y era muy triste. Me acuerdo que mi madre me encargó que la viese cuando el señor de Saint-Meran la puso en venta hará dos ó tres años.

Los dos Cavalcanti adelantaban estupefactos; pero no pronunciaban palabra.